

# Cuento de Navidad

Por MARÍA DEL CARMEN MUZIO

Charles Dickens (1812-1870) es uno de los mejores escritores y más famosos de la literatura inglesa. Los personajes de sus novelas constituyen verdaderos arquetipos. Por lo general sus obras son extensísimas (más de mil páginas) ya que la mayoría fue publicada en forma de folletín, semanalmente; tanto llegaron a gustar que en Estados Unidos los lectores se aglomeraban en el puerto en espera de la llegada del próximo número. Entre las conocidas, la mayoría llevada al cine, están *Los papeles póstumos del club Pickwick*, (publicada en nuestro país) *Oliver Twist*, *Almacén de antigüedades*, *Historia de dos ciudades*, *Grandes esperanzas*, *David Copperfield*, y *Casa Desolada*, (recientemente llevada a serie y proyectada en nuestra televisión), entre otras.

No obstante, su excelencia como escritor supo adecuarse a textos más cortos. Es el caso de *Cuento o Canción de Navidad* (se conoce de las dos formas) de 1843 y *El grillo del hogar*. Quizás sea *Canción de Navidad* la más representada, pues no sólo se ha llevado al cine y la televisión sino también a dibujos animados.

La historia es sencilla: Ebenezer Scrooge es un individuo apegado al trabajo y al dinero, que no celebra la Navidad ni soporta que lo feliciten por esta. Despiadado con su empleado, indiferente ante la pobreza de los demás, incluso de su propio sobrino. Mediante un recurso fantástico de Dickens, la noche antes de Navidad se le aparece a Scrooge el fantasma de Marley, su antiguo socio y único

amigo, fallecido hacía siete años, quien le profetiza el futuro del avaro y le anuncia que se le aparecerán tres espíritus navideños. Lo alerta para que no se vea como él, vagando por el mundo y arrastrando pesadas cadenas.

Scrooge, agnóstico, apenas puede creerle. Se le aparece el primer espíritu navideño, el del Pasado, que lo lleva a recordar su infancia pobre y melancólica que casi lo hace llorar; el tercer espíritu navideño es el del Presente, y le muestra cómo su empleado vive en la pobreza, con un hijo enfermo, y así y todo celebra la Navidad. Y

el tercero es el espíritu navideño del Futuro. Ebenezer se horroriza ante el final que le espera por avaro: su casa vaciada por los pobres, la bancarrota de su sobrino, la muerte de Tim, el hijo de su empleado; y le enseña su propia tumba.

Angustiado, Scrooge le pide al espíritu que le dé una oportunidad para cambiar. Despierta de su sueño; y, ante el asombro de todos, compra y envía un enorme pavo a la familia de su empleado sin que se sepa quién lo envía (lo que recuerda «que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda»); sale a la calle y felicita a todo el mundo por la Navidad además de ir a cenar con la familia de su sobrino. Al día siguiente le había pedido a Cratchit (el empleado) que fuera a trabajar, este llega tarde y, en vez de reprocharle, le aumenta el sueldo. También ayuda a que Tim, el hijo, se salve de su enfermedad.

La publicación de la obra no sólo fue un éxito para Dickens, porque además de recibir numerosas cartas de felicitación, logró revivir la Navidad en el Reino Unido, que estaba prohibida desde la época de Cromwell. Desde entonces se representa durante la Navidad en casi todos los países. En el pasado siglo tuvimos una adaptación teatral realizada por Octavio Smith, poeta del grupo Orígenes.

Magnífico momento para una relectura, y que no tengamos que esperar por la aparición de los espíritus navideños para ser mejores.

